Año II. EL NUEVO FERROCARRIL Núm. 74.

Santiago, Sábado 29 de Mayo de 1869.

SEÑORA MARIANA BROWN DE OSSA.

SEÑORA MARIANA BROWN DE OSSA.

El vapor *Iberia*, que zarpó el miércoles de Valparaiso con destino a Europa, lleva a su bordo a la distinguida señora con cuyo retrato honra este periódico su primera pájina.

Al ausentarse de Santiago, deja la señora Brown de Ossa un sensible vacío en nuestra sociedad, que la contaba entre sus mas beneméritas matronas, i el inolvidable recuerdo de sus virtudes en cuantos tuvieron la fortuna de conocerla.

Educada la señora Brown en el seno de un hogar opulento, familiarizada con ese buen tono que se adquiere en los viajes i con el trato frecuente de personas ilustradas, conquistó fácilmente en la sociedad de Santiago el puesto brillante que la correspondia por las valiosas prendas de su corazon i de su intelijencia.

Jóven, i poseedora de muchos de los atractivos que son el mejor aderno de la mujer, a poco de haber entrado en el mundo bullicioso de los salones, contrajo matrimonio con uno de nuestros mas renombrados i emprendedores millonarios, el señor don Gregorio Ossa i Cerda—muerto demasiado temprano para el cariño de los suyos i para la prosperidad de su pais.

Viuda la señora Brown i sin mas compañero que un tierno niño en su enlutado hogar, se dedicó a esa noble mision que tan bien comprenden i que tan bien saben ejecutar las mujeres chilenas:—ejercer la caridad sin ostentacion i sin aparatos, modesta i silenciosa, como la prescribe el Evanjelio.

En esta faz de su vida es mui principalmente donde doña Mariana Brown de Ossa ha conquistado el merecido galardon que la hace alejarse de nosotros entre las bendiciones i las lágrimas de centenares de familias que recibian de su mano el socorro jeneroso que las ponia al abrigo de la miseria i de la muerte.

La noble viuda no dejó nunca de tender su mano cariñosa a los desvalidos que golpeaban a su puerta o a los infelices séres que llevan una vida no interrumpida de sacrificios i dolores en esas tristes chozas que bordan los alrededores de esta grande i rica capital. ¡Cuántas veces no se la vió recorrer las moradas de la miseria, repartiendo escudos i consuelos! ¡Cuántas veces no volvió a su casa despues de haber merecido las santas recompensas que otorga el cielo a los que pasan por este valle de lágrimas haciendo el bien a sus semejantes!

Pero la accion caritativa de la señora Brown no termina aquí.

Los establecimientos de beneficencia hallaron siempre en ella una protectora que daba sin contar i que muchas veces llevaba su entusiasmo hasta cooperar personalmente en las pesadas labores que otros se habian impuesto.

A su iniciativa, i en mucho a su jeneroso desprendimiento, fué a lo que se debió el Hospital de la Caridad, donde numerosos heridos recibian los cuidados de la ciencia al mismo tiempo que las solícitas atenciones de un grupo abnegado de señoras. Doña Mariana Brown no faltó un solo dia al hospital, i cuantos lo visitaron pueden dar testimonio de que la vieron siempre al lado de los enfermos distribuyendo la comida o ayudando en las dolorosas curaciones que se practicaban a cada momento. ¡Hermosa tarea para una mujer como ella, rodeada de todos los esplendores i de todas las comodidades que proporciona la opulencia!

Los círculos católicos de obreros contaron tambien a la señora Brown entre sus mas infatigables cooperadores. Desde el primer instante ofreció su fortuna, su prestijio i su incansable actividad para la realizacion de esta obra, destinada a proporcionar a nuestro pueblo centros de estudio i de placer, de que carece, por desgracia, hasta ahora.

Cuando el pais i los desheredados de la fortuna tenian derecho a esperar de los sentimientos caritativos de la señora Brown mui superiores beneficios a los que rápidamente hemos indicado, hé ahí que un sagrado deber de madre la aleja de nosotros, llevándola a tierras extranjeras, donde el recuerdo de Chile, estamos seguros, vivirá siempre lozano en su gran corazon.

La ausencia de la señora Brown de Ossa no será, felizmente, demasiado larga, i miéntras llega la hora de las lejítimas recompensas, este periódico se apresura a pagar su modesto tributo de reconocimiento a la noble matrona, adornando con su retrato su pájina de honor.

M. E. C.

LUZ I SOMBRA.

Crepúsculo de horror, yo he visto siempre
La lucha de la noche con la luz,
Como del mundo en las revueltas ondas
El vicio i la virtud.

Yo sentí batallar en la conciencia
El monstruo de la duda con la fé,
I combatir en el mortuorio lecho
El sér con el no sér.

Mas, ¿qué rumor en lontananza suena
Cual choque horrendo de infernal fragor?
Es el tren de mi amor i el de tu orgullo...
¡Se estrellaron los dos!

M. S. de A. i P.

LAS YARAS.

El señor don Rafael Sotomayor, ministro de la Guerra en campaña, ha fallecido de repentina muerte en el pueblecillo de Las Yaras, en el valle de Sama, a corta distancia de Buenavista i pocas leguas de Tacna.

La prensa de todos los matices políticos ha rendido póstumo homenaje al hombre de Estado cuyos últimos dias de una existencia laboriosa en diversos ramos de la actividad social i política fueron consagrados al servicio de la Patria, empeñada en una empresa de magnitud i efectos grandiosos.

El objeto de las presentes líneas es otro: deseo dar una lijera idea del villorrio que vió caer a deshora a un hombre cuya constitucion fisiolójica i vigor moral anunciaban una añosa existencia.

Las Yaras, observadas bajo el punto de vista de pequeño pueblo o aldea, nada tienen de notable. En marzo del año 73, época en que practiqué una exploracion por los valles de Sama, Tacna, Lluta, Azapa, i la playa de Chacalluta, me detuve apénas veinte o treinta minutos en aquel pueblecillo, para hacer una lijera colacion en una pulpería. Talvez me hubiera resuelto a sestear en él, pero la compañía que se me ofrecia, por una parte, i por otras las instigaciones de mi guia, *don* Melchor Pizarro, antiquísimo alférez retirado de caballería, cuyo servicio de práctico me fué proporcionado por el señor don Cárlos Bassadre, me decidieron a continuar la marcha hácia la costa, no diré desafiando sino soportando los picantes rayos de un sol estival en aquellas rejiones intertropicales.

Dos motivos he dicho que me impulsaron a dejar con premura aquel poblachon; pero los dos eran tan relacionados entre sí, que casi podrian resolverse en uno solo; pues que el primero era la vista de los moradores, negros repugnantes hasta donde no es dable imajinar; i el segundo el terror que en don Melchor Pizarro inspiraban sus malditas mañas, de que hablaré en breve.

Las Yaras es una aldea habitada en su totalidad por negros; pero no de esos negros palanganas i *lisos* que en Lima desempeñan el oficio de domésticos con tufos de amo, ni ménos aun de esos *Facicos* que conocimos en nuestra infancia en Santiago i que los niños del dia no alcanzaron a ver. Los negros yarinos son grandes i gruesos, sus dientes son amarillentos, tienen la frente alta i por consiguiente el ángulo facial casi recto, contra lo comun de la raza etíope; en cambio, la nariz i los labios exajeran la deformidad de la mencionada raza. Mas esto es poca cosa, porque lo peor está en que todos, hombres, mujeres i niños, se pintan horrorosamente el horroroso rostro, usando para ello mas comunmente el jugo concentrado de ciertas plantas, sin dejar por eso de recurrir a las sustancias químicas que compran en Tacna i mezclan segun procedimientos conocidos por algunos de ellos. El color rojo, el azul elverdei el amarillo son los mas usados, i todos ellos, aplicados sobre un fondo negro, toman un tono opaco de un efecto detestable. Las mujeres por lo comun se tiñen los carrillos i la nariz, i los hombres se figuran un círculo en torno de la boca, unido por una franja de dos dedos de ancho, a cada lado, en direccion de las orejas, a las cuales dan un tinte diferente.

Otros se forman una especie de T, cuya línea horizontal se extiende en la frente de sien a sien, i la vertical cae sobre la nariz; los pómulos i la barba son ocupados por sendos círculos de variados colores. Pero los que mas chocante efecto producen son los que, fuera de la a modo de jáquima que he descrito o la T en la frente i nariz, se forman un círculo en cada ojo.

Con semejantes condenados por espectáculo, fácil es comprender el deseo de volverse a la mula, a despecho de soles i vientos, como bien pronto lo hice.

Entretanto, don Melchor me urjía por su lado, pero por consideraciones de un órden harto mas trascendental, aunque relacionadas con aquellos malditos. Don Melchor les tenia un miedo atroz; mas no por su caras sino por sus brujerías. Las Yaras es un "pueblo de brujos." El malificio lo administran jeneralmente en la bebida; i esto no es chanza, pues un médico de Tacna me contó poco despues, cómo él habia curado a varios atacados de dicho mal.

Algunas yerbas que crecen en los *bofedales*, como allí llaman a los tremedales que en Chile son conocidos con el nombre de *tembladeras*, poseen propiedades venenosas, que propinadas en pequeñas dósis no producen la muerte, pero hacen sufrir crueles dolores de estómago, vientre i cabeza.

Las "contras" o sea antídotos, son conocidas por los veneficadores; pero muchas veces se niegan a administrarlas. En tales casos, los malefiiciados recurren a la ciudad, donde algunos médicos, al corriente de tales bellaquerías, les aplican eficaces remedios.

He dicho que la bebida es el acostumbrado vehículo del *daño*, que por allá es designado con una palabra que se me ha olvidado; así, pues, habiendo querido yo mezclar el vino que llevaba con un poco de agua, don Melchor se opuso en voz baja, pero con notable vehemencia.

Una vez en camino, me dió todas las aclaraciones del caso, advirtiéndome que si bien era cierto que no habria habido motivo para que se nos dañase, no era ménos verdad que esos demonios podian ser tentados por el deseo de divertirse con dos *brancos*, como en otras ocasiones habia sucedido.

Marchamos una dos leguas mas o ménos hácia la costa, i en un rancho perteneciente a dos negras, que no eran brujas ni estaban pintadas, pasamos el resto del dia. Naturalmente, la plática rodó sobre brujos, apariciones, maleficios i demas picardías de sus vecinos de las Yaras.

No carecería de interes una relacion de las cosas que me fueron referidas por las dos patronas; pero ella dilataría demasiado el presente capítulo, i puede ademas servir de materia para otro.

Quédese, pues, para mejor ocasion.

Efejebé.

EPIGRAMAS.

EL ANONIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un dia:
—"¡Por darte vida a tí, me mataria!"
I al otro dia, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido:
—"Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío talvez la hubieras muerto."

HASTIO.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.